



Nueva Antropología

ISSN: 0185-0636

nuevaantropologia@hotmail.com

Asociación Nueva Antropología A.C.

México

Minello Martini, Nelson

Masculinidades: un concepto en construcción

Nueva Antropología, vol. XVIII, núm. 61, septiembre, 2002

Asociación Nueva Antropología A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15906101>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

MASCULINIDAD/ES

Un concepto en construcción¹

Nelson Minello Martini*

I. INTRODUCCIÓN

Hay una evidente exageración cuando se afirma que “hoy en día, si un texto no tiene la palabra ‘mujeres’ en el título, probablemente trate acerca de los hombres” (Kimmel, 1992: 129). Pero esta hipérbole tiene una base real; proliferan los libros, artículos,

seminarios y conferencias sobre los varones (Segal, 1990; Connell, 1995; Petersen, 1998).

Los países anglófonos (en especial Gran Bretaña, los Estados Unidos, Canadá, Australia) llevan la delantera en esta producción. Sin embargo, no son los únicos; también podemos encontrarla en Alemania, Francia o los países escandinavos, así como en Sudáfrica o Japón (Connell, 2000) y en América Latina.²

¹ Una fructífera, agradable y académicamente estimulante relación con Javier Alatorre Rico en el Seminario “Aproximaciones teóricas a la masculinidad”, organizado en el Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG) de la UNAM —tarea a la que luego se incorporó Lía Rojas Mira—, me permitió establecer un enriquecedor diálogo sobre las ideas que aquí planteo. Las posiciones expuestas y los errores que puedan deslizarse no comprometen al programa ni a los compañeros mencionados.

* Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

² El interés por estos estudios fue creciente. Una muestra de ello puede verse en la reunión realizada en 1988 con los auspicios de la Asociación Británica de Sociología, donde 45 mujeres y 56 hombres discutieron la temática de la masculinidad con estudios de Alemania Federal, Australia, China, los

Desde los años sesenta la ola feminista había producido investigaciones y ensayos sobre la situación de la mujer e impulsaba cursos universitarios (llamados en los Estados Unidos. *Women's studies*). En la década siguiente, la de 1970, comienzan a aparecer los *Men's studies*; su particularidad consiste en dejar de lado al hombre como representante general de la humanidad y adoptar el estudio de la masculinidad y las experiencias de los hombres como específicas de cada formación socio-histórico-cultural. Tales análisis se ocupan más de los hombres comunes y de su vida cotidiana que de los políticos, los militares o los héroes (Brod, 1987). Pero no sólo la academia se interesa en la masculinidad; surgen movimientos, revistas, boletines, que se mantienen con diverso éxito.³ Al final del siglo xx

parece haber adquirido presencia mundial organizada, con la fundación de la Asociación Internacional de Estudios de Hombres (IASOM, por sus siglas en inglés), con sede en Noruega.⁴

Esquemáticamente, puede decirse que las principales corrientes teóricas que alimentaron estos estudios fueron desde antes de la década de los setenta la teoría funcionalista de roles, cuyo texto más conocido en este punto es el de Parsons y Bales, *Family, socialization and interaction process*.⁵ Posteriormente aparecieron trabajos influidos por los enfoques psicoanalistas feministas, de los cuales *The reproduction of mothering*, de Chodorow, es el más citado.⁶ Ya en los noventa, surge pujante una visión inspirada en la perspectiva de género, llamada por algunos una revolución teórica en las ciencias sociales (véanse Connell, 1987 y 1995; Ca-

Estados Unidos, Irlanda, Israel y Noruega. En 1982 sólo había podido realizarse una reunión mucho más pequeña (véase Hearn y Morgan, 1990: 1).

El mundo francófono (fundamentalmente Francia y Canadá) también tiene una producción importante sobre estos temas, aunque quizás menos conocida. Además de los trabajos de Elisabeth Badinter hay que recordar los de Maurice Godelier, Pierre Bourdieu y de muchos otros y otras, aparecidos en revistas como *Actes de la recherche en sciences sociales*, *Nouvelles questions féministes* (Francia), *Recherches féministes* (Quebec, Canadá), por citar tan sólo algunas. Véase, por ejemplo, la publicación conjunta de las dos revistas feministas mencionadas (vol. 19, núms. 2-3-4, y vol. 11, núm. 2, 1998, respectivamente) de un número sobre los hombres con el sugestivo título de "*Ils changent, disent-ils*".

³ La lista es muy amplia para insertarla aquí; en los últimos años de los setenta aparecieron los grupos de autoconciencia masculinos y también aquellos que reivindicaban los derechos de los hombres supuestamente discriminados en las legislaciones sobre divorcio, custodia de los hijos, etc. (la imaginación masculina, por lo menos en estos ca-

sos, no fue más allá de copiar las legítimas demandas feministas); en los ochenta surgieron grupos ligados a los reclamos feministas, al mismo tiempo que los movimientos mitopoéticos. Véanse Clatterbaugh, 1990; Kimmel, 1998 [1989]; Allen, 1998 [1989]; Connell, 2000.

⁴ La asociación publica un boletín periódico, llamado *IASOM Newsletter*; puede solicitarse información al Work Research Institute, Box 8171, Dep. 0034, Oslo, Noruega.

⁵ Carrigan, Connell y Lee (1987 [1985]) ubican esta etapa en la "prehistoria" de los estudios de masculinidad, con investigaciones previas al surgimiento del movimiento feminista. Aunque en su mayor parte está dominada por la teoría de roles, los autores recuerdan dos textos sociológicos ya clásicos que no se colocan en esta posición: *Street Corner Society*, de Whyte, en 1943, y mucho antes, en 1927, *The Gang*, de Thrasher.

⁶ Esto no significa que sea la única corriente psicoanalítica. Un estudio detallado del aporte de la disciplina puede encontrarse en Connell, 1987 (cap. 9) y 1994.

rrigan, Connell y Lee, 1987 [1985]; Pleck, 1987, entre otros). Es también el desarrollo de lo que Connell llama “momento etnográfico”, que subraya los problemas específicos de la masculinidad vistos dentro de un contexto determinado —generalmente pequeños grupos, espacial y socialmente delimitados—, contexto del cual se hace una descripción profunda; de ahí la invocación a la etnografía (Connell, 2000).⁷ Para este autor, el conocimiento etnográfico profundo permite no sólo pensar en los individuos concretos, sino también en la masculinidad, como parte de una historia global, signada por la lucha y la transformación (además de recrear el concepto de etnia). Los estudios de masculinidad aparecen en disciplinas como la historia (Kimmel, 1987; Filene, 1987; Rotundo, 1993), lo que permite ver el cambio y la permanencia, las estructuras junto con los hombres y mujeres de carne y hueso, el tiempo y sus ritmos;⁸ aumentan en la sociología, en los estudios de organizaciones y el mundo público (Hearn y Parkin, 1987); estos estudios se expanden y se hacen más complejos, e insisten en la necesidad de tener en cuenta no sólo al individuo sino también a la sociedad, en un intercambio en el cual la segunda

determina al primero y a la vez es determinada por éste. El género, como ya señalé, es el hilo teórico que permite esta difusión (Connell, 1995).

La teoría de roles —dentro del modelo estructural-funcionalista— no reconoce el conflicto, se plantea fundamentalmente un ámbito individual, es estática, supone diferencias más que relaciones entre los sexos y, por lo tanto, ámbitos exclusivos para cada uno de ellos. La visión chowdhoriana plantea que la ruptura de la identificación primaria del niño con la madre proporciona la clave para entender la dinámica emocional del varón adulto. Esta corriente propone cambios en la división sexual del trabajo y una mayor participación masculina en la crianza y el cuidado de los niños en las primeras etapas de la vida. En términos generales, se le ha criticado su cercanía a la visión de roles anterior y su planteamiento normativo. La perspectiva de género, con el artículo precursor de Gayle Rubin en 1975 —que recoge los aportes de la sociología, la antropología y el psicoanálisis—, plantea el conflicto, el carácter relacional de la masculinidad, la necesidad de estudiar las relaciones de poder, de analizar el carácter histórico del género y el problema fundamental de la subordinación de la mujer.⁹

Con cierto retraso, los estudios de masculinidad han surgido también en los países latinoamericanos.^{10, 11} Aquí, como allá,

⁷ Conway-Long (1994) presenta un estudio muy interesante sobre la antropología y su relación con los estudios de masculinidad. Véase también la sección “Etnography of the other” en Connell, 1995.

⁸ Connell señala cómo estos estudios históricos pudieron comprobar que la caracterización del hombre como proveedor económico (*breadwinner*), tan cara a muchos estudiosos, nace en Gran Bretaña alrededor de la mitad del siglo XIX dentro de un amplio reacomodo de las fuerzas sociales del momento (Connell, 1995: 29). Algo similar podría decirse de la práctica de deportes colectivos (véanse Rotundo, 1993, Connell, 1995; Wheaton, 2000).

⁹ La bibliografía sobre género es muy extensa, pero pueden verse con provecho Rubin, 1986 [1975]; Scott, 1990 [1986]; De Barbieri, 1996 y Hawkesworth (incluidos comentarios y respuesta), 1999 [1997]; para masculinidad y género, Connell, 1987.

¹⁰ Como en otras regiones, en el ensayo, la literatura y, menos, en la investigación, el interés por

las producciones feministas se desarrollaron en las décadas anteriores; en los noventa (con algunos cuantos ejemplos en los últimos años de 1980), el hombre y la masculinidad se expanden como objetos de estudio.¹² Una característica distintiva de la mayoría de los trabajos, coincidente con el momento histórico en que surgen, es adoptar una perspectiva de

el hombre estuvo presente desde antes. Quizás una característica que se comparte era la de pensar en una imagen única de masculinidad, sin tener en cuenta clases o etnias ni, por supuesto, género. En México pueden citarse desde Fernández de Lizardi, 1961 [1812] hasta Ramos, 1986 [1934]; Garizurieta, 1949 [1946]; Paz, 1972 [1950]; o Ramírez, 1977 [1973], y en la novela, entre otros, Yáñez, 1993 [1947]; Rulfo, 1975 [1953]; Fuentes, 1962 [1952]; véanse revisiones críticas de esta creación del “hombre mexicano” en Bartra, 1996 [1987]; y Lomnitz-Adler, 1995. De otros países me vienen a la mente Güiraldes, 1982 [1926] o Martínez Estrada, 1932, en Argentina, y la poesía de Pablo de Rokha en Chile y de Mario Benedetti en Uruguay. La re-lectura de ensayo, novela, poesía, y la re-visión del cine en clave de masculinidad proporciona muchos indicadores para comprender los actuales modelos de “ser hombre” en nuestros países.

¹¹ Por lo menos en el caso latinoamericano habría que tener en cuenta no sólo las motivaciones político-académicas que se señalaron en los países centrales, sino también los intereses de los gobiernos en el crecimiento poblacional y las políticas públicas sucesivamente nombradas como control de natalidad-planificación familiar-salud reproductiva. Los gobiernos necesitaban un mayor compromiso de los hombres, un actor bastante desconocido.

¹² No he realizado un estudio exhaustivo, pero encontré publicaciones e investigaciones sobre masculinidad en muchos de los países latinoamericanos y del Caribe, con calidad diversa. En varios hay asimismo cursos sobre masculinidad (generalmente diplomados); los programas de estudios de género incluyen, con mayor o menor extensión, seminarios y cursos de masculinidad en sus programas

género como enfoque teórico (Valdés y Olavarría, 1997).¹³

Aunque es una muestra sesgada y por lo tanto estas líneas deben leerse con cuidado, revisando la bibliografía de los trabajos presentados en Valdés y Olavarría (1997, 1998) puede verse que los temas más tratados tienen relación con la salud reproductiva y con la pandemia de SIDA, la violencia doméstica y la sexual, la identidad masculina, el cuerpo, la sexualidad, la masculinidad hegemónica o el machismo. De alguna manera, muchos de estos temas están relacionados con las políticas gubernamentales o las de intervención planteadas por las ONG, antes que con la elaboración teórica. No digo que esta última preocupación no esté presente en los autores y autoras que se ocupan del tema, sino que noto un énfasis distinto cuando reviso estos trabajos y los producidos en Europa o los Estados Unidos (por ejemplo, los de Brod, Connell, Kaufman, Messner, por citar unos cuantos autores).

Como trataré de mostrar en la sección siguiente, al igual que sucede con el género (Hawkesworth, 1999 [1997]), la construcción teórica de la categoría masculinidad no ha cuajado todavía.

docentes (véase Valdés y Olavarría, 1997, núms. 2 a 5). Surgen asimismo los colectivos masculinos contra la violencia en Argentina, México, Nicaragua, Puerto Rico, Uruguay y otros países.

Por otra parte, en el mundo hispanohablante destaca la difusión que han tenido autores como Bly o Douglas y Gillette, publicados por editoriales de gran tiraje, y la producción autóctona de trabajos en esa línea, entre los cuales se hallan los de Nolasco en Brasil o los de Kreimer en Argentina.

¹³ Aunque escasos, existen también aquellos que no lo consideran, como los mitopoéticos.

II. ¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO DECIMOS MASCULINIDAD?

O, en otras palabras, ¿cuál es el objeto de estudio? La respuesta no es sencilla, y hay varias posiciones respecto de qué se entiende por masculinidad; los intentos de clasificación parten de enfoques que privilegian lo político o lo académico, y son varios los modelos explicativos utilizados; por último, muchos autores señalan la baja calidad de la ya muy extensa bibliografía. Veamos por partes.

Los intentos de clasificación

El enfoque desde el cual se clasifican o conceptualizan las distintas producciones académicas tampoco es único. Clatterbaugh (1990) elige destacar el aspecto sociopolítico y propone dividir las en seis perspectivas principales: *a)* las conservadoras (la dominación de los varones es natural, como también lo es su papel protector y de proveedor económico [en contrario, véase nota 8]);¹⁴ *b)* las profeministas (la masculinidad es una

creación social y es posible cambiar la actual situación de dominación);¹⁵ *c)* el movimiento de derechos de los varones (los hombres están sujetos a injusticias legales, sociales, etc., y deben luchar para recuperar aquello que consideran sus derechos);¹⁶ *d)* las del desarrollo espiritual, o mitopoéticas (la masculinidad proviene de patrones inconscientes profundos, los arquetipos planteados por Carl Jung; la característica más marcada es la posición, por lo menos para Bly, de que las mujeres no desempeñan un papel preponderante en la construcción de la hombría y que desde el varón y entre

¹⁵ Aquí también Clatterbaugh señala dos alas, la liberal y la radical (en el sentido estadounidense del término). La lista podría ser muy extensa, porque la mayoría de los autores que se ocupan de la masculinidad podrían integrar esta categoría. Clatterbaugh sugiere Jon Snodgrass (comp.), *A book of readings for men against sexism* (1977) y Joseph Pleck y Jack Sawyer (comps.), *Men and masculinity* (1974). Yo agrego las compilaciones de Harry Brod (1987); Michael Kimmel y Michael Messner (1998 [1989]), Jeff Hearn y David H. Morgan (1990); Harry Brod y Michael Kaufman (1994); Andrea Cornwall y Nancy Lindisfarne (1994), así como las obras de Robert Connell (especialmente 1995), para citar sólo las más importantes.

¹⁶ En este plano hay que distinguir tres subcorrientes: la que niega la existencia de privilegios masculinos y sostiene que tanto hombres como mujeres sufren igualmente los papeles de género; una segunda que postula la existencia de un poder erótico femenino que sojuzga a los varones; por último, la que sostiene que las mujeres usurparon el legítimo mayor poder masculino y es tarea de los hombres recuperarlo.

En cuanto a sus obras, Clatterbaugh menciona Herb Goldberg, *The hazard of being male* (1976), *The new male* (1979) y *The inner male. Overcoming roadblocks to intimacy* (1987). Véase también Bertoia y Drakich (1998 [1989]) para Canadá y su bibliografía para Australia, Holanda y los Estados Unidos.

¹⁴ Clatterbaugh distingue entre los conservadores morales y los biologicistas. De los primeros sugiere la lectura de George Gilder, *Sexual suicide* (1973), y William R. Harbour, *The foundation of conservative thought* (1982); de los segundos, biologicistas, señala no sólo las obras de Edward Wilson sino también Pierre van den Berghe, *Human family system. An evolutionary view* (1979), y David Barash, *Sociobiology and behavior* (1982). Véase asimismo Stephen Jay Gould, *The mismeasure of man* (1981). En cuanto a la crítica a la posición sociobiológica, véanse Anne Fausto-Sterling, *Myths of gender* (1985) y Philip Kitcher, *Vaulting ambition. Sociobiology and the quest for human nature* (1985).

varones es como debe construirse la masculinidad);¹⁷ e) las planteadas por los enfoques socialistas (la masculinidad tiene sus raíces en la estructura de clases de la sociedad; el costo de la masculinidad es la alienación),¹⁸ f) las de grupos específicos (de los que Clatterbaugh destaca a los varones homosexuales y los de color), aplicables a grupos étnicos o religiosos u otras minorías.^{19, 20}

¹⁷ Aquí también podrían verse dos vertientes, la de Bly y sus seguidores, más difundida, y la de Rowan, más humanista, menos freudiana.

En lo que respecta a libros de la primera posición mencionada, véanse Robert Bly, *Hombres de hierro, El libro de la nueva masculinidad*, 1992 (en inglés, 1990); Keith Thompson, *New men, new minds*, 1987 (hay traducción al castellano); Douglas y Gillette (1993).

En América Latina puede verse Kreimer, 1991, así como la revista *Uno mismo*, que dirige el propio Kreimer; en el XXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (octubre de 1999), Francisco Álvarez presentó una ponencia inscripta en la visión de Bly.

Análisis críticos del movimiento mitopoético pueden encontrarse en Kimmel y Kaufman, 1994; Connell (1995 especialmente el cap. 9); Ferber, 2000; Schwalbe (1998 [1989]).

¹⁸ Clatterbaugh señala como una posición clásica a Tony Cliff, *Class struggle and women's liberation. 1640 to the present day* (1984); véase también Andrew Tolson, *The limits of masculinity* (1977); Barbara Ehrenreich, *The hearts of men* (1983).

¹⁹ De acuerdo con Clatterbaugh, la revista *Changing Men* dedicó el número de invierno de 1986 a la masculinidad negra y el de primavera-verano de 1987 a la judía; para esta última véase también, Harry Brod, "Some thoughts on some histories of some masculinities: Jews and other others", 1994. Para la comunidad negra véase también Franklin, 1987; Mairtin Mac An Ghaill, 1994. Sobre los grupos gay, cf. Mark Thompson (comp.), *Gay spirit: myth and meaning*, 1987.

²⁰ Nótese el salto lógico del autor, que de perspectivas políticas globales pasa a grupos particulares, con el peligro —como señala Kimmel, 1992—

Desde la antropología —pero puede extenderse a otras ciencias sociales—, Gutmann sostiene la existencia de cuatro fórmulas para entender la masculinidad: todo lo que hacen o piensan los hombres; todo aquello que hagan o piensen *para ser hombres*; lo que piensan o hacen algunos hombres considerados paradigmáticos; y, en cuarto término, la masculinidad se encuentra dentro de las relaciones femenino-masculinas, es decir, el género (Gutmann, 1998 [1997]: 49). El primer modelo, empirista y con cierta dosis de ingenuidad, confunde género con sexo; el segundo es un poco más elaborado, pero también se limita a 49% de la humanidad; ambos son ciegos a la circunstancia, comprobable empíricamente, que las mujeres también pueden tener prácticas y conductas masculinas. El tercero establece una normatividad que, como recojo de Connell más adelante, no parece tener en cuenta que la mayoría de los hombres no se acercan ni lejanamente al paradigma; además, se vincula con la teoría de los roles, acarreado todas las cegueras (a la historia, al conflicto) de ésta. En cambio, el cuarto plantea un modelo relacional que hace posible un conocimiento profundo de qué es masculinidad y también femineidad; en otras palabras, permite una mayor comprensión de la totalidad social (en el sentido de Karel Kósic).

Kimmel y Messner (1998 [1989]) plantean la existencia de tres modelos principales: el biológico (diferencias innatas, basadas en la biología y la genética, explican las distintas conductas de cada uno

de colocarlos en un plano teórico distinto del de las otras posiciones analizadas.

de los sexos); el basado en los estudios antropológicos (los análisis transculturales demostrarían una universalidad de rasgos comunes en el “ser varón”, ya sea por específicas adaptaciones al medio, ya por la organización cultural), mientras el tercero sería de raíz sociológica (habría actitudes, conductas, prácticas, consideradas socialmente aptas para hombres y otras para mujeres). Como señalan los mismos autores, aunque estas perspectivas ayudan a comprender tanto la masculinidad como la femineidad, resultan limitadas a la hora de explicar el género y su acción específica en distintas culturas (Kimmel y Messner, 1998 [1989]: xv). Esta afirmación era correcta en la fecha en que se escribió el libro (1989), pero algo incompleta en nuestro tiempo; en este sentido, agregaría yo, el primero es un modelo esencialista, ahistórico y ciego al género, mientras que el segundo sólo refleja una de las posiciones en la antropología (el abundantemente criticado Gilmore, por ejemplo) y olvida otras obras antropológicas (entre las que habría que citar las de Cornwall y Lindisfarne); el tercero también parece recoger una de las visiones de la sociología y deja de lado —por las razones cronológicas citadas— los enfoques más actuales de esta disciplina.²¹

En otra línea, Seidler (1994 y 1997) es más radical y cuestiona la posibilidad de estudiar la masculinidad a partir de las perspectivas teóricas clásicas de la inves-

tigación científica. Sostiene, correctamente, que la Ilustración identificó masculinidad con racionalidad; sostiene que es necesario introducir una nueva metodología de investigación que recoja los aspectos emocionales que la visión clásica dejó de lado.

Este autor, filósofo de profesión, habla de tres modelos surgidos a partir del desafío planteado por el feminismo. Uno de ellos sería el integrado por los hombres (caracterizados por Clatterbaugh como “pro feministas”) que reconocen su malestar ante la posición de la masculinidad heterosexual dominante y desarrollan una línea de estudios antisexista, contra la violencia masculina, el acoso sexual, la violación; una segunda, contrapuesta, cuyo objetivo es la liberación masculina (*men's liberation*), que se acerca a la posición de la teoría de roles y postula que también los hombres están limitados, constreñidos (y sufren por ello) por los papeles que la sociedad patriarcal les impone. Por último, plantea un tercer modelo, que rechaza la interpretación de la masculinidad sólo como una relación de poder e insiste en considerar las contradicciones a las que se ven enfrentados los propios hombres en relación con la masculinidad dominante. Dice Seidler: “necesitamos tomar en cuenta seriamente lo que los hombres piensan y sienten acerca de sí mismos”, es decir, “escuchar a los hombres y permitirles expresar su propia experiencia” o, en otras palabras, sus propias emociones (Seidler, 1997: 3).

La introducción de los aspectos emocionales es importante; durante mucho tiempo éstos se habían dejado de lado. Sin embargo, rechazar los métodos clásicos (por así llamarlos) de las ciencias socia-

²¹ En lo que respecta a la tan criticada visión biológica, véase la posición —atendible, desde mi punto de vista— de Treadwell, 1987; para la antropología véase Cornwall y Lindisfarne, 1994; para la sociología, Carrigan, Connell y Lee, 1987 [1985].

les conlleva el riesgo de arrojar el agua del baño con todo y niño. No discuto que Descartes, Bacon, Rousseau y los filósofos de la Ilustración fueron sexistas y elitistas, pero sostengo, con otros, que el liberalismo del siglo XVIII es una de las más fuertes bases de los movimientos liberales, comenzando por el feminista y continuando por los de las distintas minorías (Coltrane, 1998 [1994]).

Por otra parte, pensando no tanto en Seidler, sino más bien en muchos de sus seguidores —quienes, quizás para ahorrarse el tedioso trabajo de la investigación, basan sus conclusiones en la experiencia personal—, coincido con la postura de Coltrane cuando señala:

No estoy sugiriendo una aceptación simplista de material emocional o autobiográfico como discurso epistemológicamente privilegiado. Muchos escritos en los estudios de los hombres son autobiográficos o confesionales, pero rara vez van más allá de la idea de que a los hombres se les enseña a ser competitivos y de que tienen problemas para expresar sus emociones. Uno se debe proteger contra la tendencia en los escritos de algunos estudiosos a aceptar las propias emociones o sensaciones corporales, sentidas como de alguna manera superiores o más auténticas que otras formas de conocimiento, pues las emociones y sensaciones corporales son también socialmente construidas, con frecuencia al servicio del poder y la dominación. Opino que los investigadores deberían concentrarse en la emotividad de los hombres, no porque ésta sea epistemológicamente privilegiada, sino porque puede ser una línea divisoria ilustrativa para los hombres entre lo que es y lo que debería ser [Coltrane, 1998 (1994): 40].

Connell (1995, cap. 3) ofrece una categorización basada más en las posiciones filosófico-teóricas de los autores. Así, tendríamos: a) las corrientes esencialistas, según las cuales habría un rasgo universal, el “núcleo duro” en cada individuo, que sería la masculinidad. Lamentablemente, no hay acuerdo en ese “núcleo duro” y la elección del mismo es bastante arbitraria.²² b) Las posiciones cercanas a la ciencia social empirista (que Connell llama “positivista”),²³ donde la primacía está en los rasgos y conductas de los hombres. Los ejemplos son las escalas de masculinidad/femineidad o las etnografías que describen el patrón de vida masculino en una cultura dada y lo llaman masculinidad.²⁴ El sociólogo australiano señala que

²² Connell ejemplifica con el texto de Lionel Tiger (*Men in groups*, 1969), un sociobiólogo que plantea una teoría de la masculinidad basada en la biología, del que dice que algunos pasajes de su texto pueden ser leídos como ejemplos notables “sobre el pensamiento embrollado, confuso, que la cuestión de la masculinidad parece provocar, en este caso condimentado por lo que C. Wright Mills una vez denominó ‘el realismo alocado’ ” (Connell, 1995, cap. 3, n. 2).

²³ No participo de la visión comtiana, pero tampoco coincido con la adscripción, corriente en muchos ambientes sociológicos, que identifica al positivismo y a Comte con un crudo empirismo. Considero que su posición es mucho más compleja y en ella la teoría tiene mayor lugar del que se le quiere otorgar. Véanse Elias, 1982 [1970] y Bunge, 1996.

²⁴ Revísense Sandra Bem (1974) o Alfredo Mirandé, 1997. Para una crítica a las escalas F/M véase Anne Constantinople, “Masculinity-femininity: an exception to a famous dictum?”, *Psychological Bulletin*, núm. 80, 1973.

Paradigmático en este tipo de etnografía es claramente David Gilmore, *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*, 1994 (1a. ed. en inglés, 1990). Han criticado su enfoque, entre otros, Cornwall y Lindisfarne, 1994; Conway-Long, 1994; Connell, 1995.

esta posición es criticable en tres aspectos: en toda selección hay ya un punto de vista previo, no neutral; al elaborar un listado de lo que hacen hombres y mujeres se introducen, sin reconocerlo, categorías de género; si habláramos sólo de diferencias entre hombres y mujeres, no requeriríamos el uso de masculino o femenino (introduciendo el género, otra vez sin reconocerlo). c) Las visiones normativas ofrecen, como su nombre lo indica, una “norma” de cómo debe ser un hombre. Enfoque frecuente en los estudios sobre comunicación, es también la base de la teoría de roles sexuales. Tales definiciones plantean algunas dificultades, en tanto pocos hombres reales se adecuan a la norma; si ello es así, ¿qué utilidad tiene la definición normativa? Por otra parte, no considera el plano de la personalidad, que nunca puede corresponderse con rol social.²⁵ d) El cuarto enfoque se basa en la lingüística estructural y define la masculinidad a partir de un sistema de diferencia simbólica, vista como no-femineidad, el lugar del poder, del falo, presente pero a la vez inadvertido, la conocida “invisibilidad” del hombre. Esta postura es parcialmente positiva, al sobrepasar el plano de la individualidad para colocarse de lleno en la estructura. Supera las dificultades de las posiciones esencialistas (no es arbitrario), positivistas y normativas. Sin embargo, en tanto

se queda en el discurso, ignora que hay mucho más que decir en el análisis social.²⁶ e) Por último, la del propio autor, un modelo de estructura de género, donde éste —y por lo tanto la masculinidad— se organiza a través de cuatro dimensiones: las relaciones de poder, las de producción, las de *cathexis* o deseo y las de simbolización.²⁷ La llama sociología política del varón (Connell, 1993: 601), para estudiar los espacios y las prácticas de los varones.

Al situar la masculinidad dentro del género, Connell plantea que es una construcción social, histórica; por ende, cambiante de una cultura a otra, dentro de cada cultura en distintos momentos históricos, a lo largo del curso de vida de cada individuo y entre diferentes grupos de hombres de acuerdo con su clase social, raza o etnia. Al mismo tiempo, en tanto género, toda vez que estudiamos masculinidad debemos tener en cuenta las relaciones de poder.

Dicho de otro modo, el sociólogo australiano definiría masculinidad a partir del carácter multidimensional y de varios planos del género, descartando toda noción singular de un “núcleo” o “verdadera” masculinidad (Connell, 1998: 475).

Tal “sociología política del varón” consideraría tanto los aportes de las investigaciones sobre las representaciones —al reconocer que están construidas simbó-

²⁵ En *Masculinities*, Connell señala a Robert Brannon, “The male sex-role. Our culture's blueprint of manhood and what it's done for us lately”, en D. David y R. Brannon (comps.), *The forty-nine per cent majority. The male sex role*, 1976.

Críticas al enfoque de roles pueden verse en Carrigan, Connell y Lee 1987 [1985]; Pleck, 1987; Connell, 1995.

²⁶ Connell (1995) establece que no es común encontrar textos de esta posición en la bibliografía sobre masculinidad, pero señala la compilación de Steve Craig, *Men, masculinity, and the media*, 1992, en especial el trabajo de Diana Saco, “Masculinity as signs. Poststructuralist feminist approaches to the study of gender”.

²⁷ Connell plantea las tres primeras dimensiones en 1995 y agrega la tercera en 1998.

licamente—, como las de roles sexuales y personalidad —al aceptar que las prácticas se organizan a partir de un proceso de negociación. Pero, a diferencia de ambas posturas, Connell sostiene que espacios y prácticas sólo pueden entenderse dentro de un conjunto de premisas que deben, necesaria y sistemáticamente, integrarse a cada investigación. Destaco dos de ellas.

Primero, que la masculinidad no puede desligarse del contexto institucional en que se desarrolla. Hay, según Connell, tres instituciones particularmente importantes en la producción institucional de la masculinidad: el Estado, el mercado de trabajo, la familia.

En segundo lugar, Connell subraya que, en tanto formas o productos culturales, las masculinidades no pueden ser vistas separadamente de la sexualidad, una dimensión esencial en la construcción del género. En tanto la sexualidad supone la existencia de un cuerpo, es en sí misma una práctica social. Por ello, no habría ninguna brecha lógica entre la sexualidad y la mencionada vida en las organizaciones (Connell, 1993: 601-602).

A estos señalamientos agrega los planteamientos de la historicidad de la vida social, la existencia de una inequidad de género, el carácter político de la masculinidad (por el uso del poder para lograr intereses particulares) y la existencia de varias masculinidades en una sociedad y un momento dados.

La construcción de este enfoque supone también el compromiso con la igualdad entre los seres humanos. Tal responsabilidad es vista por Connell como el comienzo axiológico de toda investigación en masculinidad, en tanto la innegable supremacía masculina es uno de los ma-

yores obstáculos para todo progreso real (Connell, 1993: 603).²⁸

Todo esto es, a la vez, una solución innovadora y teóricamente avanzada y, al mismo tiempo, un problema, pues género también es una categoría en construcción, como lo señala claramente Hawkesworth (1999 [1997]).

La calidad de los estudios

Al decir de Segal (1990: ix), aunque asistimos a una explosión de escritos sobre el punto, la categoría sigue siendo muy poco clara. Gutmann (1998 [1997]: 49) habla de la “lamentable falta de rigor teórico”; Cornwall y Lindisfarne (1994: 29) señalan que muchos trabajos aportan importantes etnografías pero escasas contribuciones teóricas; Carrigan, Connell y Lee (1987 [1985]: 64) lamentan que la cantidad de investigaciones en masculinidad no se traduzca en calidad;²⁹ Clatterbaugh

²⁸ Kimmel, entre otros, comparte esta posición al señalar que la masculinidad está construida socialmente, y por lo tanto varía no sólo entre distintas culturas sino también en distintas épocas históricas en una misma formación cultural, durante la vida de cada individuo y entre diferentes grupos de hombres atendiendo a su clase, raza o grupo étnico y preferencia sexual (Kimmel, 1992: 135). Coltrane (1998 [1994]: 38) sugiere investigaciones que integren el enfoque de género en por lo menos tres formas: “a) enfocándose en las emociones de los hombres, b) estudiando a los hombres en grupos, y c) poniendo las experiencias de los hombres en un contexto estructural”.

²⁹ Ciertamente, los autores se refieren a la época en que dominaba la teoría de los roles, y del texto se puede inferir que la suponen una etapa superada. Creo que, por lo menos en el ámbito latinoamericano, podría ser todavía una visión demasiado optimista.

critica el carácter anecdótico de muchos trabajos y que desde la experiencia individual se generalice hacia todos los hombres, al tiempo que denuncia la parcialidad y deficiente conceptualización de las teorías científicas (sugerentemente, entrecomilla esta palabra) sobre masculinidad (Clatterbaugh, 1990: 159); en un trabajo posterior este mismo autor reitera que las definiciones de masculinidad son, a su juicio, vagas, circulares, inconsistentes, poco satisfactorias (Clatterbaugh, "What is problematic about masculinities?", *Men and masculinities*, vol. 1, núm. 1, citado por Connell, 2000); Hearn y Collinson (1994: 94) sostienen que categorías como varón o mujer son pensadas como algo dado, sin elaboración teórica y muchas veces ubicadas en un entorno naturalístico más que cultural.³⁰

III. CONCEPTO EN CONSTRUCCIÓN. PRECAUCIONES

Las líneas anteriores sobre la calidad de los estudios de masculinidad son un desafío intelectual, y político. Intelectual, porque hay que construir una categoría analítica, heurística, esto es, que permita proponer definiciones, dimensiones, conceptos, variables e indicadores que den cuenta de los elementos que hagan posible observar las diferencias entre cuerpos sexuados y plantear la masculi-

nidad. Político, porque supone contribuir a la lucha feminista en la construcción de una sociedad más equitativa o propiciar —posición que rechazo— el reforzamiento de la dominación masculina (por vía de las posiciones de los "derechos de los hombres" o de los mitopoéticos, por ejemplo).

Pensar en la masculinidad como concepto en construcción significa, como dije, que no conocemos bien a bien las dimensiones, variables e indicadores que lo componen. Es necesario entonces mayor investigación antropológica e histórica, psicológica, sociológica, mediante trabajo de campo que comprenda los aspectos materiales y simbólicos, el cuerpo y sus significados, el proceso histórico y los tiempos (largos y cortos), las estructuras y los hombres y mujeres concretos, las condicionantes individuales psicológicas, etc., en una visión multidimensional y multicausal. La elección de objetivos locales y con fronteras claramente determinadas podría ser más fructífera que grandes estudios más o menos abstractos o reflexiones filosóficas sobre la estructura social (Connell, 2000 y 1996; Foucault (1979 [1969]; 1979 [1972]; 1991 [1984])).

Reflexionar sobre la masculinidad como una categoría heurística (y no simplemente empírica) permitirá asimismo un mayor y más profundo conocimiento de la masculinidad. Hawkesworth señala que "el género como herramienta analítica identifica rompecabezas o problemas que es necesario explorar y aclarar, y ofrece conceptos, definiciones e hipótesis para guiar la investigación", y líneas más adelante sostiene: "El empleo del género como una categoría analítica

³⁰ La referencia a las ciencias sociales en general no es retórica; Hearn y Collinson (1994) mencionan específicamente las versiones dominantes de la sociología, economía, ciencia política, antropología, psicología, psicología social y psicoanálisis.

estaría entonces estrechamente ligado con desafíos a la actitud natural” (ambas citas en Hawkesworth, 1999 [1997]: 11). Leer estas líneas sustituyendo “género” por “masculinidad” ejemplifica claramente las tareas a las que nos enfrentamos los hombres y mujeres que queremos estudiar la masculinidad.

IV. NO TODO ESTÁ HECHO

Permanecen, sin embargo, muchas preguntas. Es imposible contestarlas o siquiera señalarlas todas, por la doble circunstancia de mi propia capacidad, finita por definición, y la tiranía del espacio. Sin embargo, me gustaría reflexionar sobre alguna de ellas, sobre todo porque aparece recurrentemente en la bibliografía y su uso es, muchas veces, acrítico. Elegí la masculinidad hegemónica.

Masculinidad hegemónica

Como se ha señalado, los estudios empíricos han mostrado la existencia de varias masculinidades; a veces se suceden unas a otras, a veces coexisten (Brod, 1994; Mac An Ghaill, 1994; Rotundo, 1993; Kimmel, 1992 y 1987; Bly, 1992 [1990]). No pueden estar todas en el mismo plano y existe una jerarquía, un orden entre ellas. La observación más somera permite comprobar que unas son más aceptadas que otras. Carrigan, Connell y Lee postulan la existencia de un grupo de hombres poderosos y ricos, con capacidad para legitimar y reproducir un modelo de masculinidad, que será seguido por el resto de la sociedad (Carrigan,

Connell y Lee, 1987 [1985]: 92).³¹ Tal modelo constituiría la *masculinidad hegemónica*, cuyas características, por definición, cumplen una pequeña parte de los varones.

Posteriormente, en *Gender and power* (p. 185), Connell la define claramente en términos de género, y en *Masculinities* establece que la masculinidad hegemónica es

...la configuración de prácticas de género que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimación de la patriarquía que garantiza (o busca garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres [Connell, 1995: 77].

Tal modelo de masculinidad supone la persuasión (a partir de los medios, de la escuela, de la familia, etc.), en tanto es un fenómeno cultural e ideológico; una división sexual del trabajo (tareas masculinas o femeninas); la participación del Estado (por medio de la legislación, pero también de recursos más sutiles, como las dificultades para hombres o mujeres gay de contraer matrimonio, adoptar, obtener ciertos trabajos como maestros/as de escuela, etc.).³² La hegemonía no supone

³¹ Aunque la hegemonía supone persuasión y no violencia, el uso de ésta no se descarta en algunas situaciones; Connell (1987: 184) refiere como ejemplos la violencia contra los “perversos” o la ideología de la “ley y el orden” (que, recuerdo, da su nombre a una conocida serie de televisión) o, en Connell (2000: 5), la violencia homofóbica.

³² Esto está cambiando en algunos países, por ejemplo en Holanda, donde la legislación permite a las parejas gay unirse en matrimonio y adoptar. Será necesario un mayor estudio para revisar el estatuto de la hegemonía en estos casos.

una dominación absoluta, que inhiba toda práctica alternativa (Carrigan, Connell y Lee, 1987 [1985]: 94-95); en el mismo sentido, Connell la caracteriza como un balance de fuerzas, un juego constante entre distintos grupos de hombres (Connell, 1987). En el terreno metodológico, Carrigan, Connell y Lee proponen el análisis de las prácticas de los varones (que llaman las técnicas políticas del orden social patriarcal) para estudiar los cambios en la hegemonía masculina.

Renacimiento, Reforma, Contrarreforma, guerras de religión, desarrollo de los ejércitos profesionales, fortalecimiento del Estado, surgimiento del capitalismo comercial, desarrollo de las ciudades, primera revolución industrial, significaron cambios decisivos en la construcción europea de regímenes de género.

En el siglo XVIII la masculinidad hegemónica corresponde a los hombres de la *gentry* (los terratenientes), “la clase políticamente dominante en la mayoría de los países europeos y los Estados Unidos”. La industrialización, el crecimiento de los aparatos burocráticos, la transformación política, desplazaron aquel modelo de masculinidad y lo sustituyeron por otro más racional, regulado y calculador; los ejemplos fueron ahora el hombre de negocios y el burócrata (Connell, 1993: 608 y 609).³³ Posteriormente, el desarrollo educativo universitario, los avances de la tecnología y su mayor importancia políti-

ca, generaron cierta tensión entre dos modelos: el basado en la dominación interpersonal y el fundado en el conocimiento especializado (*expertise*), tensión que se mantiene todavía. Las últimas décadas del siglo XX parecían anunciar el surgimiento de una nueva masculinidad hegemónica, marcada por su impronta tecnocrática, menos violenta pero tan misógina como los modelos anteriores. Se legitima mediante una ideología económica que niega el valor del trabajo doméstico femenino (Connell, 1993: 615).

Hasta ahora, los ejemplos corresponden a los grupos dominantes. Pero el fenómeno también puede darse, según Connell, en los grupos subordinados. Recordando el estudio de Cockburn sobre los obreros gráficos londinenses, el sociólogo australiano habla de la hegemonía de los obreros mayores sobre los jóvenes y las mujeres, a través de un ritual de iniciación en el trabajo y en la masculinidad, que comprende el trabajo pesado y la humillación; una vez pasado el ritual, todos los obreros son “hermanos” (Connell, 1987: 186).

Además de revisar ejemplos de masculinidad hegemónica en grupos dominantes y en subordinados, podemos encontrar otros en individuos concretos, que no tienen que ser necesariamente, dice Connell, ni los más ricos ni los más poderosos. Así, en *Masculinities* nos habla de actores cinematográficos e incluso de los personajes que esos actores interpretan (Connell, 1995: 77) y también ejemplifica como una lucha por distintos proyectos de masculinidad hegemónica el conflicto entre la policía y los motociclistas en una competencia deportiva en Australia (Connell, 1995: 215). Kimmel escribe que la

³³ En los años veinte surgió con el fascismo un modelo de masculinidad hegemónica marcado por la violencia y la irracionalidad, vencido por la caída de Italia y Alemania en la Segunda Guerra Mundial pero persistente en la importancia de los ejércitos y otros aparatos burocráticos de la violencia (Connell, 1993: 609).

masculinidad hegemónica actual estaría encarnada en “el hombre de negocios internacional de la CNN, con su celular, computador portátil y viajes en clase ejecutiva, un hombre que se siente cómodo en las principales ciudades del mundo” (Kimmel, 1998: 217).

Connell (1998) reconoce que “el término masculinidad hegemónica ha llegado a tener más de un significado”, y agrega que con Carrigan y Lee pensaban “en la hegemonía como una circunstancia [*situation*]” que surge en un momento determinado y puede cambiar (como lo demuestra con los ejemplos del siglo XVIII al XX, que se señalaron arriba). Sin embargo, lamenta que algunos usos la han convertido en un tipo estable, cristalizado. Coincido con el autor, pero creo que su preocupación es todavía incompleta.

La inquietud connelliana no es gratuita. El concepto ha sido utilizado con absoluta liberalidad por muchos autores y autoras y se ha convertido prácticamente en una apelación al sentido común. Algunos/as parecen fundir la hegemonía en el estereotipo: “Esta ponencia presenta, en primer lugar, la construcción social del ‘ser hombre’ en su *versión hegemónica, estereotipada* y cómo los entrevistados se identifican y diferencian en relación con ella” (Valdés y Olavarría, 1998: 13; las cursivas son mías). Otros más, como Isabel Hernández, parecen hablar de hegemonía de toda una etnia dentro de la misma etnia. Esta autora escribe sobre los grupos indígenas y afroamericanos en América Latina y sostiene “que ambas formaciones sociales [...] no son de estratificación homogénea”, pues dentro de ellas hay marcadas jerarquías y subordinaciones, con el rasgo co-

mún de que “en términos generales, las opiniones y conductas femeninas se subordinan a las masculinas”. De aquí, “La legitimación social de la autoridad del hombre por encima de la mujer conduce a la construcción cultural de *identidades masculinas hegemónicas*” (Hernández, 1998: 219; las cursivas son del original). Además de que esa subordinación femenina no es específica de los grupos estudiados, considero que la autora reduce la hegemonía (cultural, educativa, que busca el consenso y no la imposición) a una situación de relaciones de poder (solamente una de las facetas de la hegemonía). Por otra parte, de sus líneas podría desprenderse, según mi lectura, que la masculinidad hegemónica estaría compuesta, en esos grupos sociales, por todos los varones. Dentro de mi escaso conocimiento del mundo indígena, creo que hay jerarquías entre los varones y que, de desearse, sería posible encontrar un grupo (los ancianos, los más ricos, los bilingües, los comerciantes, los maestros, según las situaciones) que ejerce una dirección cultural bastante clara.

Confieso que el uso prácticamente indiscriminado de la fórmula “masculinidad hegemónica” me preocupa y me plantea muchas preguntas. Parto de la base de que es importante conocer la masculinidad dominante para luchar contra ella, para lograr un nuevo esquema de género de mayor equidad entre hombres y mujeres (y entre cada uno de los géneros).

Cuando se habla de los terratenientes, el propietario de empresas, el burócrata o el obrero gráfico, la masculinidad hegemónica parece vincularse a la clase o capa social de pertenencia; es una expresión de género parcialmente determinada por

la clase.³⁴ Sin embargo, cuando se mencionan los actores de cine o sus personajes, pasamos a figuras individuales; ¿es ello posible? ¿No debería pensarse, más que en los artistas o sus personajes, en la industria cinematográfica y el grupo o capa social que la domina? Hablaríamos entonces de una masculinidad hegemónica de un grupo especial de industriales (que podríamos distinguir de los industriales en general), cuyo referente empírico es el actor o el personaje.

No se trata de ser fiel a Gramsci, cosa que podría no tener mayor interés, sino de utilizarlo como guía heurística, que nos permita inventar conceptos útiles para el tema en estudio. Pero sí conviene recordar que cuando Gramsci habla de hegemonía los actores son grupos sociales, y el único personaje individual, el partido político —el “príncipe moderno” en sus palabras—, es un sujeto colectivo. Por otra parte, la hegemonía conlleva una acción consciente: obtener el dominio sin uso de la violencia (por lo menos en primera instancia). Para Gramsci, este proceso de dirección surge en la especial configuración de los estados occidentales, donde la fuerza y cohesión de la burguesía exigía una “guerra de posiciones”, lenta, que va captando voluntades hasta formar una masa crítica (intelectuales progresistas, campesinado, otras capas sociales dominadas, dirigidas [hegemonizadas] por el proletariado y su partido) que permitiera tomar el poder. Todo esto supone una intención de dominio de clase en el caso de

la hegemonía y de disputa de ese dominio en la lucha popular, que podríamos llamar contra-hegemonía.

Si nos referimos a la clase, conocemos el mecanismo de investigación que nos permite afirmar que tal clase o capa es la dirigente. En términos de género, ¿qué investigación debemos llevar a cabo para postular que tal grupo de hombres constituye la masculinidad hegemónica?

Antes que especular o simplemente repetir el concepto, vaciándolo de contenido, me parece necesario —y más sano intelectualmente— realizar investigación empírica para poder afirmar qué grupo de hombres detenta la masculinidad hegemónica, en la sociedad que estudiamos y en el momento en que lo hacemos. De otra manera, perderemos la historicidad de la categoría y sólo utilizaremos un marbete.

Otro de los problemas que me preocupan en este tema es la, aparentemente, coexistencia de distintas masculinidades hegemónicas en un mismo momento. ¿Es posible pensar en varias hegemonías? ¿Cómo estableceríamos las jerarquías entre los distintos modelos de masculinidad si hay varias que, por definición, nombramos como dirigentes?

Convendría, asimismo, no confundir masculinidad hegemónica con el estereotipo. Este último tiene un sentido completamente distinto y desde él no parece posible fundar ni una política de equidad de género ni nuevo conocimiento.

V. A MODO DE CONCLUSIONES

En tanto categoría en construcción, las conclusiones que podríamos plantear en

³⁴ Digo parcialmente determinada porque pienso, como lo establezco más adelante, que el género tiene una autonomía relativa de los otros sistemas de diferenciación social.

lo que respecta a la masculinidad son abiertas, sujetas a la crítica y la reformulación de acuerdo con los resultados de actuales y futuras investigaciones. Querría reflexionar sobre dos órdenes, el teórico y el metodológico.

Hay distintas aproximaciones teóricas al estudio de la masculinidad, pero el camino considerado más fructífero es verla como parte de las relaciones de género. También se ha planteado que consideramos ambas —género y masculinidad— categorías teóricas, heurísticas.

Las ventajas de tal posición son:

1) Nos permite comprender tanto los planos individual como social, la historia y las estructuras; el cuerpo, las normas, las prácticas sociales y sus significados culturales.

2) Supone también el reconocimiento de que el género se organiza en el encuentro, conflictivo o no, con otros sistemas de diferenciación social, como la clase, la etnia/raza, la generación.

3) La masculinidad, como el género, tiene una autonomía relativa que debe considerarse en las investigaciones. Dicho de otra manera, cuando vemos —como se dijo— que la masculinidad de la clase obrera es distinta de la expresada por un individuo de la burguesía, por decir algo, ello se debe a que cada una de esas clases tiene una organización de género específica (aunque compartan la dominación masculina).

4) Al situarlo en la sociedad, destaca la importancia de las estructuras en la construcción de esa masculinidad (el mundo del trabajo, de la escuela, de la familia [y el parentesco], serían posiblemente los más importantes pero no los

únicos. Habría que agregar, por ejemplo, la legislación, el aparato judicial); esto significa, por otra parte, no olvidar los aparatos ideológicos, en el sentido que les dieron Gramsci y, posteriormente, Althusser.

En el caso especial de algunos países latinoamericanos, con presencia de civilizaciones prehispánicas (México, Perú, Guatemala, Bolivia, Ecuador) o de origen africano (Brasil), aunque la masculinidad estará marcada por la impronta occidental, habrá que investigar los cambios que pudo sufrir al chocar con la organización de género presente con anterioridad.

5) El enfoque teórico más adecuado, entonces, será aquel que permita explicar los sistemas sociales en términos de las acciones individuales (incluidas las emociones) y colectivas y a ambas referirlas al contexto social (en otras palabras, que no explique exclusivamente la relación micro-macro como lo hace el individualismo, o la macro-micro como sucede con el holismo), según lo plantea Bunge.

Relacionada con lo anterior se encuentra la necesidad del trabajo empírico, de la investigación de campo, que permita comprobar, corregir, reformular las hipótesis planteadas o plantear unas nuevas, de acuerdo con las realidades concretas de la sociedad y el momento histórico queelijamos estudiar. Convendría evaluar cuidadosamente la capacidad de conocimiento que pueden arrojar, supuestamente, las especulaciones sin fundamento empírico en trabajo de campo o basadas en la experiencia individual o de sujetos cercanos.

En lo que respecta al campo metodológico, está muy bien estudiado el uso de

enfoques cualitativos, con técnicas como la historia de vida (completa, o en episodios seleccionados) a partir de la entrevista en profundidad. Sin embargo, y por una errónea aunque difundida visión de una oposición teórico-metodológica entre métodos cualitativos y cuantitativos, no se aprovechan los datos censales o de encuesta que, utilizados con las precauciones debidas, pueden dar perfiles globales de la masculinidad. Tampoco son muy aprovechados los documentos, que pueden ser periódicos o revistas, testamentos, juicios de divorcio, juicios penales por violencia (acoso sexual, violación, violencia doméstica, etc.), incesto, juicios de trabajo u otros, procesos eclesiásticos, manuales de confesión, así como informes institucionales. La riqueza de documentos es inmensa; sólo hay que asomarse a ella. Asimismo, puede dar informaciones muy valiosas el estudio de los periodos históricos específicos de cada sociedad estudiada, de los cambios políticos o del desarrollo de las instituciones (en este tema de la masculinidad, la burocracia, el ejército, las iglesias, entre otros, viéndolas en toda su complejidad y no de manera estereotipada), sin olvidar los datos que pueden proporcionar la literatura (novela, cuento, poesía), la música y las canciones, la producción cinematográfica.

Entender la masculinidad como integrante de una perspectiva de género, aprovechar todos los métodos y técnicas adecuados al objeto de estudio de cada investigación, establecer la necesaria relación entre los procesos individuales y sociales, entender la historia del género, serían caminos que nos llevarían a contribuir a la construcción de ese concepto todavía inacabado que es la masculinidad.

En suma, un objeto de estudio con fronteras todavía no totalmente definidas nos obliga —más que en otras investigaciones— a saber leer los datos producidos por las distintas disciplinas además de la propia, llegar a las mismas con un espíritu libre de preconcepciones (o luchar contra las mismas), profundizar en el análisis crítico, no quedarse en la superficie de los datos, sino buscar las contradicciones posiblemente existentes, saber interrogar tanto a los entrevistados y las entrevistadas como a los documentos y las instituciones, tener siempre presente que el estudio de la masculinidad es multidimensional y en varios planos (del individual al social). Una tarea compleja pero estimulante.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLEN, Robert L. (1998 [1989]), "Racism, sexism, and a million men", en M. S. KIMMEL y M. A. MESSNER, *Men's lives*, Boston, Allyn & Bacon.
- BARTRA, Roger (1996 [1987]), *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, México, Grijalbo.
- BEM, Sandra (1974), "The measurement of psychological androgyny", *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, núm. 42.
- BLY, Robert (1992 [1990]), *Hombres de hierro. El libro de la nueva masculinidad*, Buenos Aires, Planeta.
- BUNGE, Mario (1996), *Finding philosophy in social science*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- BROD, Harry (1994), "Some thoughts on some histories of some masculinities. Jews and other others", en H. BROD y M. KAUFMAN, *Theorizing masculinities*, Thousand Oaks, Sage.
- (1987), *The making of masculinities*.

- The new men's studies*, Boston, Unwin & Hyman.
- BROD, Harry y Michael KAUFMAN (comps.) (1994), *Theorizing masculinities*, Thousand Oaks, Sage.
- CARRIGAN, Tim, Bob CONNELL y John LEE (1987 [1985]), "Toward a new sociology of masculinity", en H. BROD (comp.), *The making of masculinities. The new men's studies*, Boston, Unwin & Hyman.
- CLATTERBAUGH, Kenneth (1990), *Contemporary perspectives on masculinity. Men, women, and politics in modern society*, Boulder (Co.), Westview Press.
- COLTRANE, Scott (1998 [1994]), "La teorización de las masculinidades en la ciencia social contemporánea", *La ventana. Revista de estudios de género*, núm. 7.
- CONNELL, Robert W. (2000), "Understanding men: Gender sociology and the new international research on masculinities", Notas de la conferencia en la Universidad de Kansas, 19 de septiembre.
- (1998a), "Masculinities and globalization", *Men and masculinities*, vol. 1, núm. 1, julio.
- (1998b), "Reply", en Symposium on R. W. Connell, *Masculinities, Gender and Society*, vol. 12, núm. 4, agosto.
- (1996), "Response", *Contemporary Sociology*, vol. 25, núm. 2, marzo.
- (1995), *Masculinities*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press.
- (1994), "Psychoanalysis on masculinity", en H. BROD y M. KAUFMAN (comps.), *Theorizing masculinities*, Thousand Oaks, Sage.
- (1993), "The big picture: masculinities in recent world history", *Theory and Society*, vol. 22, núm. 5, octubre.
- (1987), *Gender and power. Society, the person and sexual politics*, Cambridge, Polity Press.
- CONWAY-Long, Don (1994), "Etnographies and masculinities", en H. BROD y M. KAUFMAN, *Theorizing masculinities*, Thousand Oaks, Sage.
- CORNWALL, Andrea y Nancy LINDISFARNE (1994), "Dislocating masculinity. Gender, power and anthropology", en A. CORNWALL y N. LINDISFARNE (comps.), *Dislocating masculinity. Comparative ethnographies*, Londres y Nueva York, Routledge.
- CORNWALL, Andrea y Nancy LINDISFARNE (comps.) (1994), *Dislocating masculinity. Comparative ethnographies*, Londres y Nueva York, Routledge.
- DE BARBIERI, Teresita (1996), "Certezas y malos entendidos sobre la categoría género", en L. GUZMÁN STEIN y G. PACHECO OREAMUNO, *Estudios básicos de derechos humanos*, San José de Costa Rica, Instituto Interamericano de Derechos Humanos/Comisión de la Unión Europea.
- DOUGLAS y GILLETTE (1993), *La nueva masculinidad: rey, guerrero, mago y amante*, Barcelona, Paidós.
- ELIAS, Norbert (1982 [1970]), *Sociología fundamental*, Barcelona, Gedisa.
- FERBER, Abby L. (2000), "Racial warriors and weekend warriors: the construction of masculinity in mythopoetic and white supremacist discourse", *Men and masculinities*, vol. 3, núm. 1, julio.
- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín (1961 [1812]), *El Periquillo Sarniento*, México, Porrúa.
- FILENE, Peter (1987), "The secrets of men's history", en H. Brod (comp.), *The making of masculinities. The new men's studies*, Boston, Unwin & Hyman.
- FOUCAULT, Michel (1991 [1984]), "El interés por la verdad", en *Saber y verdad*, Madrid, La Piqueta.
- (1979 [1972]), "Los intelectuales y el poder", en *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.
- (1979 [1969]), "Nietzsche, la genealogía, la historia", en *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.
- FRANKLIN, Clyde W. (1987), "Surviving the institutional decimation of black males: causes, consequences, and intervention", en

- H. BROD (comp.), *The making of masculinities. The new men's studies*, Boston, Unwin & Hyman.
- FUENTES, Carlos (1962 [1952]), *La muerte de Artemio Cruz*, México, Fondo de Cultura Económica (col. Popular).
- GARIZURIETA, César (1949 [1946]), *Realidades mexicanas*, México, SEP (Biblioteca Enciclopédica Popular).
- GÓIRALDES, Ricardo (1982 [1926]), *Don Segundo Sombra*, México, Porrúa.
- GUTMANN, Matthew (1998 [1997]), "Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad", *La Ventana. Revista de estudios de género*, núm. 8.
- HAWKESWORTH, Mary (1999 [1997]), "Confundir el género (*Confounding gender*)", *Debate Feminista*, año 10, vol. 20, octubre.
- HEARN, Jeff y David COLLINSON (1994), "Theorizing unities and differences between men and between masculinities", en H. BROD y M. KAUFMAN (comps.), *Theorizing masculinities*, Londres, Sage.
- HEARN, Jeff y David H. Morgan (1990), *Men, masculinities and social theory*, Londres, Unwin & Hyman.
- HEARN, Jeff y Wendy Parkin (1987), 'Sex' at 'work'. *The power and paradox of organisation sexuality*, Nueva York, St Martin's.
- HERNÁNDEZ, Isabel (1998), "Identidades étnicas subordinadas e identidades masculinas hegemónicas", en T. VALDÉS y J. OLAVARRÍA (comps.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, Flacso/UNFPA.
- KIMMEL, Michael S. (1998 [1989]), "The struggle for men's souls", en M. S. KIMMEL y M. A. MESSNER, *Men's lives*, Boston, Allyn & Bacon.
- (1998), "El desarrollo (de género) del subdesarrollo (de género): la producción simultánea de masculinidades hegemónicas y dependientes en Europa y Estados Unidos", en T. VALDÉS y J. OLAVARRÍA (comps.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, Flacso/UNFPA.
- (1992), "La producción teórica sobre la masculinidad", *Fin de siglo. Género y cambio civilizatorio*, núm. 17, ISIS Internacional/Ediciones de las mujeres.
- (1987), "The contemporary 'crisis' of masculinity in historical perspective", en Harry BROD (comp.), *The making of masculinities. The new men's studies*, Boston, Unwin & Hyman.
- KIMMEL, Michael S. y Michael A. MESSNER (1998 [1989]), "Introduction", en M. S. KIMMEL y M. A. MESSNER, *Men's lives*, Boston, Allyn & Bacon.
- KIMMEL, Michael S. y Michael KAUFMAN (1994), "Weekend warriors: the new men's movement", en H. BROD y M. KAUFMAN (comps.), *Theorizing masculinities*, Thousand Oaks, Sage.
- KREIMER, Juan Carlos (1991), *El varón sagrado*, Buenos Aires, Planeta.
- LOMNITZ-ADLER, Claudio (1995), *Las salidas al laberinto. Cultura e ideología en el espacio nacional mexicano*, México, Joaquín Mortiz/Planeta.
- MAC AN GHAILL, Mairtin (1994), "The making of black english masculinities", en H. BROD y M. KAUFMAN (comps.), *Theorizing masculinities*, Thousand Oaks, Sage.
- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel (1932), *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires, Losada.
- MIRANDÉ, Alfredo (1997), *Hombres y machos. Masculinity latino culture*, Boulder, Westview Press.
- PAZ, Octavio (1972 [1950]), *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica (col. Popular).
- PETERSEN, Alan (1998), *Unmasking the masculine. 'Men' and 'identity' in a sceptical age*, Londres, Sage.
- PLECK, Joseph H. (1987), "The theory of male-sex role identity: its rise and fall, 1936 to the present", en H. BROD (comp.), *The making of masculinities. The new men's studies*, Boston, Unwin & Hyman.
- RAMÍREZ, Santiago (1977 [1973]), *El mexicano. Psicología de sus motivaciones*, México, Enlace/Grijalbo.

- RAMOS, Samuel (1986 [1934], *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Espasa Calpe Mexicana (col. Austral).
- ROTUNDO, Anthony (1993), *American manhood. Transformations in masculinity from the Revolution to the Modern Era*, Nueva York, Basic Books.
- RUBIN, Gayle (1986 [1975]), "El tráfico de mujeres. Notas sobre la 'economía política' del sexo", *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30.
- RULFO, Juan (1975 [1953]), *Pedro Páramo y El llano en llamas*, México, Planeta.
- SCHWALBE, Michael (1998 [1989]), "Mythopoetic men's work as a search for *Communitas*", en M. S. KIMMEL y M. A. MESSNER (comps.), *Men's lives*, Boston, Allyn & Bacon.
- SCOTT, Joan W. (1990 [1986]), "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en J. S. AMELANG y M. NASH, *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim. Institució valenciana d'estudis i investigació.
- SEGAL, Lynn (1990), *Slow motion. Changing masculinities, changing men*, Londres, Virago Press.
- SEIDLER, Victor J. (1997), *Man enough. Embodying masculinities*, Londres, Sage.
- (1994), *Unreasonable men. Masculinity and social theory*, Londres, Routledge.
- TREADWELL, Perry (1987), "Biologic influences on masculinity", en H. BROD (comp.), *The making of masculinities. The new men's studies*, Boston, Unwin & Hyman.
- VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA (1998), "Ser hombre en Santiago de Chile", en T. VALDÉS y J. OLAVARRÍA, *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, Flacso/UNFPA.
- (1997), "Introducción", en T. VALDÉS y J. OLAVARRÍA, *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Santiago de Chile, Isis Internacional/Flacso.
- WHEATON, Belinda (2000), "'New lads'? Masculinities and the 'new sport' participant", *Men and Masculinities*, vol. 2, núm. 4, abril.
- YÁÑEZ, Agustín (1993 [1947], *Al filo del agua*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (col. Archivos).